

zarle un trono muy alto á su lado, para que desde él presidiese los sencillos gustos del hogar y la inefable felicidad de la vida. No le remordía la conciencia de haberle cometido la más ligera falta, de haberle sido infiel ni aun de pensamiento. Las mujeres todas, desde que la conoció, había pasado junao á él sin conmoverle, sin atraer una sola mirada de sus ojos, sin apresurar uno sólo de los latidos de su corazón. Porque ella se había enseñoreado de su alma como una reina, sin dejarle un deseo, una emoción sola que no estuviésen postrados á sus plantas.

Y ¿era así correspondida su ternura? ¿Era ese el premio reservado á sus finezas, á la devoción con que la había amado? ¡Oh! aquello era inaudito; apenas podía comprenderse! Es cierto que había otras mujeres infieles, que hacían mofa y escarnio de sus esposos; pero esas mujeres estaban unidas á hombres helados é incapaces de querer, ó á bajos y miserables que iban pidiendo á gritos el oprobio, ó á perversos que rompían la fe jurada, y las arrastraban por despecho, por anhelo de venganza, por impulso de la ley del talión, al crimen y á la afrenta. El caso de Carmen era muy diferente, porque ella no podía quejarse de ninguna de esas cosas, no tenía contra él motivo de reproche; sino, por el contrario, razón para

amarle tiernamente y vivirle eternamente obligada. ¡Carmen, sin duda alguna, era peor que todas las adúlteras que habían hundido en el cieno su propio nombre y el de sus esposos!

IV

DESESPERACION.

Pronto se repuso: la ira le dió fuerzas. No tenía tiempo que perder, y le era preciso tomar algún partido! No tardaría en volver la esposa, y no debía encontrarle desprevenido!

Fuera imposible relatar los planes y proyectos que aquel cerebro exaltado y febril fué atando y desatando en aquellos breves é irreparables momentos. Sucediáanse en la noche de su pensamiento, como cárdenos relámpagos en noche tempestuosa: todos terribles, todos amenazadores, todos siniestros.

Crimen tan inaudito merecía un castigo ejemplar; empero era difícil hallar el más apropiado. No había que perder la cabeza: era preciso escoger bien para no equivocarse. Lo primero que pensó, fué

buscar al seductor y matarlo de un golpe, sin preámbulo ni advertencia: de una manera alevosa y vil, como él se había colado en su casa y le había arrebatado el amor de su esposa, la paz, la dicha y la esperanza. ¡Pues qué! ¿aquel hombre le había advertido de algún modo lo que iba á hacer, para que se defendiese? Pues qué ¿se le había presentado siquiera? Desde la obscuridad de lo ignoto é inominado, había alargado la mano y se había apoderado de la rica joya que formaba su patrimonio, y se la había arrancado del corazón, al cual la tenía unida, desgarrándoselo, haciéndole perder gota á gota toda la sangre de sus venas. ¿Por qué, pues, había él de atacarle lealmente? ¿Por qué había de prevenirle de la agresión para que se defendiese, cuando él le había herido por la espalda?... A la verdad, privarle de la vida, sacarle de este mundo que manchaba con su presencia, no sería castigo suficiente para su alevosía; porque morir no es nada, es llegar al término, es poner punto á esta prueba terrible, que se llama la existencia. ¡Qué daría él por haber muerto algunos años antes, cuando aun creía, cuando todavía esperaba, cuando era dichoso! Matarle, pues, sería pequeña venganza; pero ¿qué más podía hacer que eso? Ciertamente, el odio humano dispone de medios muy mezquinos para saciar sus ansias: tiene que de-

tenerse al borde del sepulcro; y el sepulcro traga buenos y malos, amados y aborrecidos: es un rasero que iguala á todos los hombres.

Hundirle, pues, las garras en el pecho y beberle la sangre como lo hacen las hienas, para que tuviese alguna idea, aunque pobre y lejana, de lo que era sufrir, de lo que era retorcerse en un potro de tormentos.... eso era todo lo que podía hacer para vengarse.

Una reflexión le ocurrió. El asesinato se castiga por los tribunales con pena infamante. Realizada su venganza, tendría que sentarse en el banquillo de los reos. ¡Todo por castigar á un miserable! Tenía ánimos para ello: ¡qué le destrozase el verdugo, que le matasen á pausas, quemándolo á fuego lento ó rompiéndole los huesos! Pero, entretanto, ella quedaría impune y libre.... libre é impune. ¿Qué más podría desear la culpable?..... Bien visto, era ella la única causa y el solo origen de todo.... Así lo confesaba en su carta. Y no había sido, no, el amor la fuerza irresistible que la había llevado al delito, sino la perversidad de sus instintos, la vocación al mal y al infierno que llevaba en las entrañas. La pasión criminal á que se había entregado, no era más que el primer aullido de una naturaleza depravada. Después de aquella caída, vendrían otra y

otras. También á él, Nicolás, le había hablado en otro tiempo con aquel mismo lenguaje arrebatado y ardiente, dejándole embelesado con la idea de haber sabido despertar en su corazón una pasión arrolladora y única. Durante sus amores, había sido tan desbordado el ímpetu de Carmen, que la afición que él la tenía, aunque honda y sincera, había parecido pálida y fría á los ojos de todos. Algo había en aquel organismo de anormal y excesivo, que triunfaba sobre los buenos instintos, sobre las reflexiones rectas, sobre las intenciones santas. Eso no tenía remedio. Para hacer de nuevo, de aquella mujer extraviada, una honrada esposa, sería preciso reducirla á polvo y amasarla otra vez, dando á aquellos elementos primos otra organización, y un temperamento nuevo. Aquel amante no era más que un pretexto para la manifestación de una intemperancia natural. En el desarrollo de aquella historia de torpezas, cabrían también la traición y el abandono contra aquel amante, por otros y otros.

No, el remedio no era bueno, porque no tocaba la raíz misma del mal, y dejaba en pie todo el problema. Tenía más visos de premio que de castigo. La mujer que falta una vez á sus deberes, sigue faltando á ellos siempre; porque, roto el dique de sus pasiones, no hay ya nada que

las contenga. Los motivos de conciencia y de temor que hubieran podido detenerla al borde del abismo, fueron insuficientes para ello, cuando aun era casta y pura. Consumada la ruina moral de aquella alma, no habría ya freno que la sujetase y correría precipitada al vicio, sin que hubiese nada que atajase su curso; como el río que, levantada la compuerta, se despeña en su cauce con la furia de un demente, hasta llegar turbio y ronco al inmenso mar, donde se pierde. Matar á un hombre no sería, pues, suficiente; sería preciso seguir matando otro y otros, á todos cuantos se le acercasen, porque nunca faltarían cómplices á aquella naturaleza criminal. Mientras quedase en pie la causa del mal, seguirían renovándose sus efectos desastrosos.

Era menester, por tanto, atacar la causa en sus mismos fundamentos, y destruirla para siempre; de tal modo, que no siguiese contaminando con sus emanaciones la vida del hogar, la inocencia de los seres queridos.

Así fué como llegó á pensar el doctor que lo mejor que podría hacer, sería poner término á la vida de Carmen; y halló buena, por lo pronto, esta solución de la crisis. Salirle al paso cuando volviese, arrojarle al rostro aquel puñado de papeles y objetos criminales, cogerla por

el cuello, asestarle el revólver á la frente y volarle la tapa de los sesos. Muerta, quedaría cortada la serie de sus infidelidades; muerta, no habría peligro de que siguiese mancillando su nombre; muerta, no continuaría destrozándole el corazón y corroyendo su existencia con la vergüenza y la desesperación. La muerte detiene el curso de todas las maldades. No hay muerto que haga daño: todos los muertos son buenos. Así se desataría aquel nudo apretado, insoluble, que resistía á todas las combinaciones de su mente, á todos los proyectos de su razón.

.....

Pero así caería en el abismo juntamente con la culpable: cometer un crimen para castigar otro, es ser arrastrado á la ruina propia por causa ajena. Si ella había querido perderse, que se perdiera; esa no era razón para que él también abandonase el norte y se dejase contagiar por aquella demencia. Debía conservar su puesto, alto, muy alto, como que no estaba manchado con ninguna falta; y dejarla á ella sola revolcarse en el fango de la vergüenza, para que el anatema público cayese duro, inexorable, sólo sobre ella.

Por otra parte, matar á la madre de su propia hija, dar á la niña, como primera impresión de su vida, el dolor de aquella catástrofe ¿no sería cruel y despiadado so-

bre toda ponderación? ¿Se lo perdonaría alguna vez la tierna criatura? ¿Qué pensaría, cuando creciese, de aquel padre que había puesto fin á la vida de la mujer á quien ella debía la existencia, sumiéndola á ella misma en triste y dolorosa orfandad? No pudiendo explicar á su hija las causas que le habían inducido á poner por obra acción tan inaudita, ¿no se enajenaría para siempre su cariño? ¿No sería visto por ella con horror, como detestable uxorcida y padre sin entrañas?

¡Mejor sería arrancarse la existencia á sí mismo, para salir del mar de dolor en que naufragaba! Sonrió casi con delicia ante aquella idea, y en el seno de las tinieblas que le envolvían, vió dibujarse algo como la sonrisa del alba. ¡Salir de este mundo; dejar para siempre esta tierra miserable, que oculta tantos abismos y abraza tantos monstruos; separarse de los corazones ingratos que habían recibido su cariño sin devolvérselo, como las tierras estériles que sorben la lluvia del cielo sin producir flores ni frutos; romper las férreas ligaduras de aquella negra crisis que pesaba sobre él como una mortaja de plomo! ¡Qué promesa más risueña! ¡Qué porvenir tan piadoso! Sería un solaz para su dolor, una redención, una victoria. Puesto que Carmen no le quería, que había comenzado á envillecerse y que iba

descendiendo por la obscura gradería de la afrenta; puesto que no contaba ya con sus brazos para que le sostuviesen, ni con su sonrisa para que le alentara; puesto que no tenía ya la luz de sus ojos para ver el camino, ni la música de sus palabras para mantener encendida la esperanza; y puesto que para él no había mañana risueño, y que el inmenso horizonte que se extendía ante sus ojos era de tinieblas, de sombra infinita, de esa sombra que había comenzado á tragarse y de la cual no le sería dado librarse nunca ¿qué hacer mejor que cortar el hilo de la vida y romper con propia mano las crueles mallas que le sujetaban al infortunio? Extremeñase de júbilo su corazón al considerar por anticipado las consecuencias de su inmolación. Mirábase á sí mismo yaciendo en un mar de sangre, lívida la faz, cerrados los ojos, entreabiertos los blancos labios, clamando con su propia destrucción la fiereza de sus dolores, protestando con su muerte contra la crueldad del destino y contra la infamia de la traición. Carmen al contemplarle, por menos que le quisiese, viendo en aquella tragedia su propia obra, se sentiría conmovida hasta la médula de los huesos, tendría remordimientos, aunque tardíos, por cuanto había hecho, y se arrodillaría junto á su cadáver para pedirle perdón rociando el rostro con sus lágrimas. Aquella escena le parecía muy

hermosa, se presentaba á sus ojos con los esplendores de una apoteosis; tanto, que sus labios exagües se plegaron con amarga sonrisa, ante el espectáculo mental de aquella tragedia. Vengarse de la ingrata de una manera tan honda y patética, para dejar en su corazón clavado como una saeta aquel dolor eterno, aquel recuerdo imborrable: ¡qué ilusión tan téticamente halagadora!

Acaso la honda conmoción de aquellos momentos, produciría una crisis redentora en la conciencia de Carmen. Quizás el remordimiento la haría volver sobre sus pasos, y la tornaría buena; y la haría pasar el resto de su vida consagrada á la reparación de aquella falta, y, siendo tenida como honrada y fiel, podría ser para la niña una madre cariñosa, que la llevase por la mano á través de los peligros del mundo, sana y salva, como corderillo de blanco vellón nunca mancillado. Así lograría redimir con su sangre la culpa de la esposa, y acaso encender en ella la llama de un amor nuevo, que seguiría brillando sobre su sepulcro como astro de luz casta y piadosa....

Mas por halagadora que fuese esa perspectiva, no podía menos de pensar otra vez, que la redención de la mujer culpable es siempre problemática, si no imposible. La perdida pureza de un alma no es cosa que pueda repararse. El cristal,

á medida que es más fino, admite menos soldadura; y si, después de roto, se juntan sus fragmentos para darles la antigua forma, ni tienen la hermosura primitiva, ni la consistencia que perdieron: el choque más insignificante los disgrega, y cada juntura de las antiguas, se convierte en una grieta nueva. Así es la conciencia femenina: una vez manchada, no vuelve á limpiarse del todo, y cuando se inclina al cieno, no vuelve á erguirse hacia la altura.

.....
 Y como la fiera acosada que, hallando imposible la salvación, se revuelve furiosa sobre sí misma, y acaba por arrojarse al hondo precipicio, sin temor á las puntas de las rocas, ó al río caudaloso de encrespadas olas que mira á sus plantas; así aquel desgraciado, encerrado en los términos pavorosos de un problema insoluble, alentó de súbito una idea espantosa, que le pareció mejor que ninguna otra: la destrucción total de Carmen, de Lolita y de él mismo; de los tres seres que se guarecían bajo aquel techo, y que hacía apenas unas cuantas horas, parecían tan dichosos! Así lo hacen los desesperados. Refiere la prensa de tiempo en tiempo algunas de esas tragedias. Familias acosadas por el hambre faltas de trabajo, hundidas en la miseria, se encierran en sus miserables tugurios, tapan las hendeduras por donde el aire

penetra, encienden el brasero en medio de la estancia, y se acuestan en sus lechos desvencijados á esperar la muerte. Los vecinos, extrañando la inmovilidad y el silencio de la habitación, avisan á la policía; son descerrajadas las puertas, y aparece á los ojos de los espectadores un cuadro indescriptible: los padres y los niños, todos harapientos y escuálidos, muertos á la vez y en trágica compañía. Incapaces de sobrellevar su negro destino, llamaron á la puerta de la tumba y ésta les abrió el seno temeroso.—¿Por qué no había él de hacer otro tanto? La pérdida de las ilusiones, de la dicha y de la esperanza, es desgracia mayor que la miseria, y levanta en el corazón tempestades más negras que el hambre y la desnudez. Si los indigentes se atribuyen el derecho de exterminarse para redimirse de los horrores de la necesidad; con cuánto más derecho no podría arrogárselo él, cuando las causas que le impulsaban á tomar aquella determinación, eran de mayor cuantía, más fieras y sañudas! Merced á aquel golpe radical, podrían ser resueltos de una vez todos los problemas que había ido analizando. Así se cortaría la cadena de las liviandades de Carmen, se evitaría la orfandad de la niña, y él mismo pondría término á una vida infeliz, en cuyos horizontes nunca había de levantarse la aurora.

Mas ¡ay!, si bien sobrábale coraje para agostar su existencia y la de su esposa; no se sentía con fuerzas para atentar á la de Lolita. ¿Por qué sacrificar á aquella tierna criatura? ¿Qué culpa tenía ella del diluvio de pecados y de horrores que había caído sobre su casa? Recordaba su belleza, su inocencia, su gracia, y se le oprimía el corazón pensando en la destrucción de aquel haz luminoso de encantos, que Dios había querido colocar en el seno de su vida, para embellecerla y permutarla.

¿Iba, pues, á quedar impune el delito? Desechada la larga serie de horribles proyectos, ¿no hallaría medio de escarmantar á la culpable? Una oleada de indignación subió de su corazón á su cerebro sólo al pensarlo, y protestó con toda la energía de su voluntad contra aquel desenlace insensato. Su espíritu angustiado por la brevedad del tiempo, entraba en indecible confusión, zumbábanle los oídos como si un huracán soprase dentro de ellos, y sentía la cabeza mareada, cual si fuese navegando á través de una borrasca. Su misma congoja ponía en fuga á las ideas; no bien nacía una, volaba y era sustituida por otra, la cual, igualmente fugaz, se perdía en la obscuridad tempestuosa de los misterios psíquicos.

Tal era su estado cuando, agotadas las fuerzas, dejó el "boudoir" y fué á apostar-

se á la entrada de la casa, determinado á hacer algo terrible, pero ignorando todavía cuál iba á ser su sentencia.

V

¡AFUERA.!

Como fiera enjaulada, paseó largo tiempo por el portal de la casa, como centinela que guarda y vigila un campo atrincherado para evitar las sorpresas del enemigo. Entretanto que así se agitaba presa de ansia febril, viendo todos los objetos como á través de un sueño, no cesaba de oprimir con la mano diestra el mango del revólver, que se había dejado en la faltriquera. Entretanto, seguía avanzando el tiempo, y Carmen no volvía.

Poco antes de las cinco, oyó sonar por la calle, más y más distintos, pasos rápidos y ligeros que se acercaban á la casa. Su corazón al oír aquel rumor, dió un vuelco doloroso, comprendiendo que había llegado el momento decisivo en que tenía que apelar á toda la energía de la voluntad. A poco, sonaron, en efecto, golpecitos recatados en la madera de la puerta.

Secas las fauces, cubierta la frente de sudor viscoso y difícil la respiración, acu-